

**Gabriel TORTELLA, Alfonso BALLESTERO y José Luis DÍAZ FERNÁNDEZ, *Del Monopolio al libre mercado. La historia de la industria petrolera española*, LID Editorial Empresarial, Madrid, 2003, 632 pp.**

La historia tecnológica e industrial de la España del siglo XX es aún una tarea no resuelta. Sin embargo, la aparición de textos como el que ahora reseñamos representa un paso hacia adelante, a pesar de tener un contenido excesivamente sectorial y de presentar una marcada orientación de vivencia personal.

Este libro explica en más de 600 páginas una historia de un sector empresarial: la del petróleo en España durante el siglo XX. Se trata de unos cien años muy complejos de la historia española, en los que tuvieron lugar dos períodos dictatoriales, una guerra civil y dos períodos de restauración de la democracia. Además, desde el punto de vista energético, la complicación no fue menor ya que se tuvieron que afrontar dos crisis mundiales. En estos años la actividad petrolera pasó desde la total inexistencia a una larga etapa de monopolio estatal, desde la cual se evolucionó hacia un período posterior de convivencia del sector público y privado, para concluir con la desaparición del monopolio y la definitiva liberalización del mercado. De aquí que el título del libro sea como el resumen de lo que en él se explica: el proceso que va desde la creación de un monopolio de Estado hasta su total desaparición.

Los tres autores se han repartido cronológicamente la historia a relatar en tres períodos. El primero, a cargo del catedrático Gabriel Tortella, abarca la prehistoria y la etapa más rígida del Monopolio de Petróleos, desde 1900 a 1947. El segundo continúa la historia de la industria petrolera hasta 1981, y hace especial hincapié en aquellas actividades que tuvieron lugar fuera del Monopolio sobre las cuales el autor, Alfonso Ballester, fue protagonista directo ya que ocupó cargos de alta responsabilidad en las empresas implicadas como el INI, Hispanoil o Eniepsa. El tercero concluye la historia hasta el momento presente (de 1981 a 2001) y se ocupa principalmente del desmantelamiento del Monopolio y de la evolución de Repsol en sus primeros pasos hacia el complicado entramado de la industria petrolera mundial. También aquí el autor es a la vez parte implicada, ya que se trata nada menos que de uno de los más altos directivos del mundo del petróleo español, José Luis Díaz Fernández, como así muestra su currículum: director general de la Energía, presidente de Enpetrol, de Petroliber, de Campsa, de CLH y de Repsol.

Se diría que, a pesar del enorme esfuerzo de edición realizado, este volumen parece más bien la encuadernación conjunta de tres volúmenes diferentes. Cada uno con su conclusión diferenciada y alguno hasta con un preámbulo propio independiente de la introducción del libro. Se echa de menos una conclusión general elaborada por uno solo de los tres autores que complete el conjunto. En su lugar se han incorporado unos once apéndices que recogen la legislación más destacada de este sector, así como las series estadísticas de los consumos mundial y español de energía primaria y de productos petrolíferos.

Un análisis más profundo de cada una de estas tres partes nos va a permitir conocer con más detalle las conclusiones a las que estos tres autores han llegado.

La primera parte, según reconoce el mismo autor, es una versión resumida de una obra inédita *La historia de Campsa los primeros veinte años (1927-1947)* de la que son autores el propio Gabriel Tortella, Mercedes Cabrera y Sebastián Coll y que ha estado reelaborada para este libro con la ayuda de Begoña Moreno.

En esta parte, Tortella justifica la constitución inicial de grandes empresas petroleras por las ventajas que comportaba el gigantismo, pero precisa que alrededor de los años 1920 la concurrencia prevalecía sobre la situación monopolista. En Europa, los gobiernos intervinieron en el sector petrolero creando empresas estatales, pero sin establecer monopolios. Sin embargo, la singularidad provino del Estado Español ya que, inmerso en un período dictatorial, dio un paso más en el intervencionismo con la creación en 1927, por Real Decreto, del Monopolio de Petróleos con finalidades principalmente recaudatorias aunque también de defensa de los intereses del Estado y de nacionalización de un sector clave en el desarrollo industrial. Su gestión se cedió a un conjunto de bancos dando lugar a la Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos (Campsa). Gabriel Tortella manifiesta no estar de acuerdo con Francesc Cabana en la reducción que este autor hace de la historia de Campsa en estos años a una lucha entre el grupo técnico procedente de Petróleos Porto Pi y el consorcio bancario no catalán, aunque tampoco da una explicación suficientemente satisfactoria más allá de constatar que el problema que afectó a la Arrendataria estos años era mucho más complejo y de apuntar algunos posibles factores como el refino, las ingerencias del gobierno o las extrañas relaciones que se establecieron con Cepsa (Compañía Española de Petróleos S.A.).

También el autor discrepa de Cabana a propósito de la quiebra del Banco de Cataluña, ya que no considera –como hace este autor– que la culpable de la quiebra sea la retirada de los depósitos de Campsa, sino que cree que este Banco se vio afectado por la depresión general de la economía debido a que tenía sus activos poco diversificados.

Tortella se pregunta por las razones de la subsistencia del Monopolio durante la República y concluye que fueron razones exclusivamente presupuestarias, ya que aquel presentaba una enorme eficacia recaudatoria. No obstante, considera que la misma función hubiese podido haberse hecho, con menores gastos y mayor eficiencia, implantando un arancel sobre el petróleo.

Durante la Guerra Civil se establecieron dos Campsas: una republicana, que se aprovisionaba de petróleo de la URSS, y otra franquista, al lado de la cual se alineó la Texaco, empresa americana que financió la sublevación proporcionando petróleo casi regalado al bando franquista. Tortella analiza las series estadísticas de consumo de petróleo en los dos bandos de la Guerra y detecta las facilidades que hubo en el bando nacional y las dificultades que tuvo que sufrir el bando republicano.

En 1940 empezó a establecerse el racionamiento de carburantes. Son estos los años en los que se dio rienda suelta a la imaginación, se inventaron los gasógenos y se buscaron sustitutos a la gasolina. No obstante, Tortella considera que Campsa no compartió el entusiasmo de otros organismos respecto de la autarquía, precisamente por su condición de empresa mixta con predominio de capital privado.

La segunda parte de este volumen se centra en la actividad petrolera española durante el franquismo. Pero, contrariamente a lo que podría esperarse, dedica más atención a las actividades que tuvieron lugar fuera del Monopolio que propiamente a éste. Esto se debe probablemente a que el autor, Alfonso Balletero, trabajó como alto directivo en esas empresas y esta condición le ha permitido acceder con más facilidad a sus archivos. Balletero conoce bien la política industrial que se llevó a cabo durante el franquismo, no sólo por su vivencia personal, sino también debido a su reconversión de alto directivo a historiador. Téngase en cuenta que Balletero es también autor de una polémica biografía sobre uno de los artífices de la autárquica política industrial franquista, Juan Antonio Suanzes (1891-1977). Este trabajo, en cierta medida exculpatario por la admiración y respeto que Balletero tenía de este ministro de los años más duros del régimen de Franco, le permitió el acceso a archivos fundamentales para el conocimiento de la política industrial durante la dictadura franquista, y seguramente le ha sido útil para la comprensión de la política petrolera española en esta etapa.

Balletero inicia su parte con un preámbulo, como si se tratase de un nuevo libro. En él describe el contexto político y económico de esos años marcado por cinco etapas: la autarquía, el plan de estabilización, el desarrollismo, las crisis energéticas y la llegada de la democracia. Su historia comienza con una nueva ley que modificó las normas sobre el Monopolio y repartió su poder entre los ministerios de Industria y de Hacienda. Era el resultado de las pugnas entre estos dos departamentos por el control del sector del petróleo. Como consecuencia de ello Campsa perdió, en favor del Instituto Nacional de Industria, el derecho exclusivo a realizar actividades de exploración y refino, tareas que no había ni iniciado en los veinte años de gestión del Monopolio, y se centró solamente en la distribución y comercialización de sus productos.

Después de leer el preámbulo se observa que el autor no analiza las actividades de Campsa en esos años hasta el capítulo 11 y centra su exposición en las actividades que tuvieron lugar fuera del Monopolio en los cuatro capítulos anteriores a este.

Balletero afirma, sin realizar un análisis en profundidad, que Encaso (Empresa Nacional Calvo Sotelo) fue la primera en el mundo en obtener aceites lubricantes partiendo de pizarras bituminosas y que estos fueron homologados para ser utilizados por las fuerzas armadas de los EEUU. Nos parece una afirmación demasiado concluyente para no estar avalada por un estudio histórico-tecnológico, desligado de los patriotismos propios de los periodos dictatoriales, que permita autenticar la veracidad de esta creencia y en su caso valorar las repercusiones que este descubrimiento tuvo en la industria de los lubricantes. Balletero analiza detalladamente las actividades de exploración que tuvieron lugar hasta 1973, tanto en territorio español como en el extranjero. Dedicó especial atención a los fracasados intentos realizados en la Guinea Ecuatorial en aquellos años en que este territorio era colonia española y destaca la paradoja que en la actualidad este país ya independiente desde 1968 se ha convertido, sin ningún tipo de participación española, en uno de los principales productores de crudo de África. Respecto a los proyectos internacionales, el autor es más explícito ya que redacta un apartado a partir de sus experiencias personales en Hispanoil, razón por la cual convierte esta parte en una fuente primaria.

Balletero intenta salvar la política de refino del gobierno de Franco, consistente en evitar que las refinerías se situasen en los territorios de mayor consumo, como aconseja-

ban las leyes del mercado, basándose en el argumento de que así se conseguía un despliegue de la industria por todo el territorio. Sin embargo, esta política, que dio lugar a la refinería de la Coruña, Puertollano, Huelva, Castellón y Algeciras, no pudo evitar que finalmente se acabasen construyendo las refinerías de Bilbao (1972) y de Tarragona (1976), donde el consumo era mayor.

El autor considera que los efectos negativos del Monopolio se debieron a la falta de competencia, que se traducía en una baja calidad en el servicio. Además, las subvenciones al sector –en particular al transporte– produjeron una mala optimización de los suministros. Todo esto, añadido a una estrategia de precios de venta inadecuada, le permite afirmar que el Monopolio tuvo un elevado coste para la economía española. El único efecto que el autor valora como positivo de la existencia del Monopolio es que fue capaz –después de 65 años de existencia– de crear una red única de distribución básica y que permitió la creación de una industria petrolera y petroquímica española que resultaba inviable, según el autor, desde el sector privado por el escaso potencial de las empresas autóctonas. No tiene en cuenta que quizás si en estos años hubiese habido una visión más internacionalista de la economía, aunque tuviera mayor participación extranjera, la eficacia del sector hubiese sido superior. Pero para esto se requería un contexto democrático entonces inexistente.

La tercera parte de este volumen no se puede decir que sea propiamente un estudio histórico, debido no sólo a la proximidad temporal, ya que explica la evolución del sector desde 1981 hasta 2001, sino también por la proximidad humana, ya que el autor, José Luis Díaz Fernández, es uno de los personaje clave en la determinación de la política energética y petrolera en estos años. Ambas proximidades no facilitan una perspectiva suficientemente independiente, externa y alejada del momento que requiere la historia. Sin embargo, creemos que precisamente estas características le confieren a este apartado un valor excepcional, ya que lo convierten en una fuente primaria que, con toda seguridad, permitirá estudios posteriores más contrastados.

En los capítulos que componen esta parte se analiza la evolución de la industria del petróleo desde la creación del Instituto Nacional de Hidrocarburos (INH) hasta el desmantelamiento del Monopolio y la privatización del sector mediante la creación de Repsol. Para la redacción de esta parte el autor ha contado con la colaboración de Ana María González, Gloria Quiroga, Álvaro Méndez, Félix Ibáñez, José Luis Ramos e Ignacio Manzanedo.

Díaz Fernández considera que la situación del sector petrolero en 1981 era bastante caótica. Existía un sector público, pero éste se encontraba distribuido entre dos instituciones a menudo enfrentadas: el Monopolio, dependiente del Ministerio de Hacienda, y las empresas del INI. Por otra parte, el sector privado estaba formado por un puzzle de empresas de tamaño mediano, dedicadas principalmente al refinado y a la exploración, incapaces de realizar por si solas una integración vertical.

Si la reestructuración del sector se veía necesaria ya que tenía que comportar economías de escala, la integración de España en la Comunidad Económica Europea determinaba la supresión de los monopolios y por tanto requería mayores cambios.

La empresa heredera de este proceso nació en 1986 como una filial del INH para poder cotizar en bolsa y fue bautizada con el nombre de Repsol, uno de los lubricantes

que fabricaba Repesa en los años cincuenta. El proceso de privatización, analizado por Díaz Fernández, favoreció al accionariado popular así como a algunos bancos y alguna empresa petrolera.

Díaz Fernández dedica un capítulo a la evolución de Campsa de la que el fue director precisamente en esos momentos de grandes transformaciones, y se atribuye el restablecimiento del clima de diálogo entre la dirección y los sindicatos, necesario para llevar a cabo la reconversión. Afirmar, sin complejos, haber reducido los dividendos durante seis años para obtener el flujo de caja que le permitiese financiar la modernización y al mismo tiempo mostrar a los trabajadores que el sacrificio que se les pedía en materia de reducción de plantilla tenía una contrapartida en el lado del capital.

Finalmente, Díaz Fernández plantea una serie de reflexiones que le permiten afirmar que la evolución del Monopolio era inevitable pero que podía haberse hecho más lentamente. Que no era la única opción, pero que pasados unos años se puede afirmar que ha sido la más positiva, ya que quizás no quedaría una industria petrolera propiamente española si se hubiese disuelto el monopolio y se hubiesen subastado las empresas al mejor postor.

En resumen, estamos ante un texto básico y recomendable para todo aquel que quiera entender el complejo proceso sufrido por el sector del petróleo en España durante el siglo XX. Sin embargo, pensamos que hay dos aspectos que esta obra no ha tenido en cuenta. El primero, que el estudio del sector del petróleo desgajado del desarrollo de los otros sectores energéticos proporciona una visión sesgada de la realidad, sólo evitable con un estudio conjunto de todos ellos a la vez. El segundo aspecto tiene que ver con la falta de homogeneización. Como ya hemos comentado anteriormente, nos parece que hay diferencias de nivel entre una parte con mayor contenido histórico y las otras con aires de explicación de la experiencia personal. Esta falta de homogeneización se hace más evidente si se observan las notas, ya que en el primer caso incluyen también bibliografía secundaria, mientras que en el otro prácticamente sólo se hallan referencias de archivo o aclaraciones al texto. La ausencia de las tareas de un editor también tiene su reflejo en el estilo de cada capítulo, que en un caso es más elaborado y reflexivo, mientras que en los otros adolece del defecto de incorporar mucha información poco contrastada. De todas formas, la aportación que este texto hace al conocimiento de la historia del siglo XX, bien como estudio elaborado o como fuente primaria, hay que valorarla positivamente.

FRANCESC X. BARCA SALOM